

**EL PRÓXIMO AÑO**  
*en* **LA HABANA**  
**CHANEL CLEETON**

*Traducción de:*  
ÁLVARO ABELLA

**E  BOLSILLO**



# Carta a mis lectores

## QUERIDOS LECTORES:

En octubre de 1967, mi padre y mis abuelos salieron de Cuba y llegaron a Estados Unidos como exiliados. No sabían cuánto tiempo iban a pasar fuera de la isla, pero tras vivir ocho años bajo el régimen de Fidel Castro, con el hambre, la violencia y el miedo como parte de sus vidas, quedarse en La Habana ya no era una opción.

Cincuenta años después, mi familia está asentada en Estados Unidos. Lo que mis abuelos contemplaban como un exilio temporal se convirtió en uno permanente. Mi abuela falleció sin poder regresar a la isla que tanto añoraba y sus cenizas siguen aguardando que las llevemos a una Cuba libre.

En el exilio, mis abuelos recrearon su propia versión del país, que se convirtió en la columna vertebral de nuestras tradiciones y legado familiar. Mientras me hacía mayor, Cuba fue una parte importante de mi vida cotidiana. Las historias que contaba mi familia, el idioma que hablábamos, la música que escuchábamos, la comida, la esperanza de regresar algún día, se imprimieron en mí desde una edad temprana. Después de que mi familia se exiliara, estudié atentamente los viejos documentos y fotografías que a lo largo de los años nuestros amigos habían sacado a escondidas de la isla, algunas dentro de fundas de carretes, con la esperanza de que el gobierno no las abriera y se

dañara la película. Esas historias, esos recuerdos, esa versión de Cuba alimentada en el exilio que me ofreció mi familia, se convirtió en los cimientos de EL PRÓXIMO AÑO EN LA HABANA.

Escribir esta novela me ha dado la oportunidad de examinar mi legado, de rendir homenaje al pasado y de mirar con ojos esperanzados hacia un futuro más brillante para Cuba y para su pueblo. A veces tenía la impresión de que el libro devolvía a mi abuela a la vida, al sumergirme en la versión de Cuba que ella tanto amó. Sentí rabia al investigar sobre las dificultades que atraviesa la Cuba actual, y frustración ante el clima político, pero, por encima de todo, sentí orgullo de ser cubana y de compartir un legado de valentía, ingenio y, sobre todo, esperanza.

Muchos de nosotros estamos aquí como consecuencia de los sacrificios de nuestros antepasados. Espero que este libro honre esa valentía y que inspire a otros para que reflexionen sobre el lugar de donde vienen y cómo esas raíces les han hecho ser quienes son. Gracias por dejarme compartirlo con vosotros.

¡Feliz lectura!

Chanel Cleeton



ELISA  
La Habana, 1959

—¿CUÁNTO TIEMPO VAMOS a pasar fuera? —pregunta mi hermana María.

—Una temporada —respondo.

—¿Dos meses?, ¿seis meses?, ¿un año?, ¿dos?

—Calla. —La obligo a avanzar con un empujón mientras recorro con la mirada el vestíbulo de salidas del aeropuerto Rancho Boyeros para ver si alguien la ha oído.

Estamos en una fila, las famosas —o infames, dependiendo de a quién preguntes— hermanas Pérez. Isabel, la mayor del grupo, en cabeza. No habla, la mirada fija en su prometido, Alberto, que con el rostro pálido contempla como nos vamos de la ciudad que una vez tuvimos arrodillada a nuestros pies.

Beatriz es la siguiente. Al caminar, la tela azul claro adornada con encaje de su mejor vestido revolotea alrededor de sus pantorrillas y parece como si todo el aeropuerto contuviera a la vez la respiración. Es la guapa de la familia y lo sabe.

Yo voy detrás, las rodillas temblorosas bajo la falda, cada paso me supone un esfuerzo importante.

Y luego está María, la última de las reinas del azúcar.

A sus trece años, María es demasiado joven para comprender que debemos hablar en voz baja, es capaz de no

prestar atención a los soldados con sus uniformes verdes y sus armas colgadas del hombro, que sujetan con ansiedad. María sabe el peligro que entrañan esos uniformes, pero no tan bien como lo sabemos las demás. No hemos podido librarnos del dolor que ha asolado a nuestra familia, ni de su implacable espiral, pero hemos hecho todo lo posible por protegerla de la barbaridad que hemos sufrido. María no ha escuchado los gritos de los prisioneros encerrados en jaulas como animales en La Cabaña, la prisión que ahora dirige ese monstruo argentino. No ha visto la sangre cubana derramada en el suelo.

Pero nuestro padre, sí.

Papá se gira y le manda callar con una mirada, una que rara vez utiliza pero que tiene una efectividad tremenda. Durante la mayor parte de nuestra vida, mi padre ha dejado la crianza de sus hijas en manos de nuestra madre y nuestra niñera, Magda, pues estaba demasiado ocupado con la fábrica de azúcar y la política. Pero estos son tiempos extraordinarios, los riesgos son mayores que nunca. Nada gustaría más a Fidel que convertir a Emilio Pérez y su familia en un ejemplo, la quintaesencia de todo lo que su revolución quiere destruir. No somos la familia más rica de Cuba, ni la más poderosa, pero la estrecha relación entre mi padre y el anterior presidente es imposible de ignorar. Hasta las palabras inocentes de una muchacha de trece años podrían resultar mortales en este ambiente.

María se calla.

Nuestra madre camina detrás de papá, con la cabeza bien alta. Se empeñó en que nos pusiéramos nuestros mejores vestidos, sombreros y guantes, y que nos peináramos hasta que nos brillara el pelo. Sus hijas tienen que ir siempre impecables, incluso al exilio.

Desafiante en la derrota.

Puede que no hayamos combatido en las montañas, que nuestras manos enguantadas no hayan empuñado un arma, pero en cada una de nosotras hay una batalla. Una lucha que Fidel ha prendido como una llama que nunca se apagará. Por eso caminamos hacia la puerta de embarque con nuestros vestidos favoritos, en una demostración del orgullo y pragmatismo cubanos. Es nuestra forma de llevárnoslos, aunque les falten las joyas que normalmente los adornan. Lo que queda de nuestro joyero está enterrado en el patio trasero de nuestra casa.

Para cuando volvamos.

Ser cubano significa ser orgulloso. Es a la vez nuestro mayor don y nuestra mayor maldición. No servimos a ningún rey, no agachamos la cabeza, cargamos con los problemas a nuestras espaldas como si no fueran nada. Esto es todo un arte, ya ves. El arte de aparentar que todo es fácil, que tu mundo está recubierto de oro, cuando la realidad es que debajo del vestido de seda te fallan las rodillas por el peso de las cosas. Caminamos envueltas en seda y encaje, pero por debajo somos de acero.

Intentamos mantener la ficción de que esto solo son unas vacaciones, un pequeño viaje al extranjero, pero las miradas que nos siguen por el aeropuerto saben la verdad...

Beatriz cierra los dedos sobre los míos por un breve instante. Esos centinelas vestidos de verde oliva vigilan todos nuestros movimientos. Hay algo reconfortante en el miedo de mi hermana, en esa grieta en la fachada. No la suelto.

El mundo tal y como lo conocíamos ha muerto y no reconozco el que ha ocupado su lugar.

Una sensación de desesperanza reina en el vestíbulo de salidas. Se puede ver en los ojos de los hombres y las

mujeres que esperan para embarcar en el avión, en el gesto cansado de sus hombros, en la conmoción grabada en sus rostros y en las posesiones que aferran entre las manos. Está presente en los niños tristes, en sus risas apagadas por la miasma que se ha adueñado de todos nosotros.

Antes esto era un lugar feliz al que veníamos a recibir a nuestro padre cuando volvía de un viaje de negocios. Hace apenas tres años estábamos sentadas en estos mismos asientos, llenas de emoción ante la perspectiva de irnos de vacaciones a Nueva York.

Nos sentamos, apelotonadas, Beatriz a un lado de mí, María al otro. Isabel se sienta aparte, dejando que su dolor le cubra los hombros como un mantón. Aquí hay distintos grados de pérdida, el peso de lo que dejamos atrás es inexorable.

Mis padres se sientan cogidos de la mano, una de las escasas muestras físicas de afecto que les he visto realizar, con la preocupación en los ojos, el dolor en el corazón.

¿Cuánto tiempo vamos a pasar fuera? ¿Cuándo volveremos? ¿Qué versión de Cuba nos recibirá cuando lo hagamos?

Llevamos ya horas aquí, los segundos se arrastran con una lentitud interminable. Me pica el vestido y un fino hilo de sudor resbala por mi nuca. Las náuseas me revuelven el estómago y tengo un regusto amargo en la boca.

—Voy a vomitar —murmuro a Beatriz.

Mi hermana me aprieta los dedos.

—No, ya lo verás. Ya casi estamos.

Contengo las náuseas y me concentro en mirar fijamente el suelo que tengo delante. El peso de las miradas es incisivo y afilado, y al mismo tiempo es como si existiéramos en un vacío. Ha desaparecido el sonido de la sala excepto por algún ocasional roce de ropas o un lamento

extraviado. Existimos en un estado de purgatorio, esperando, esperando...

—Hora del embarque...

Mi padre se levanta del asiento y le crujen las articulaciones; ha envejecido años en los casi dos meses desde que el presidente Batista huyera del país, desde que soplaran los vientos de la revolución procedentes de Sierra Maestra en dirección a nuestro rincón de la isla. Emilio Pérez en su momento era reverenciado como uno de los hombres más ricos y poderosos de Cuba; ahora poca cosa diferencia a mi padre del señor que tiene sentado enfrente en el pasillo, del caballero que hace cola ante la puerta. Ahora todos somos ciudadanos sin país, huérfanos de las circunstancias.

Estiro el brazo y con la mano que tengo libre tomo la de María.

Mi hermana guarda silencio, como si finalmente hubiera asimilado la realidad. Todas guardamos silencio.

Avanzamos con la cola, taciturnas y reticentes, caminando por el asfalto. Hoy no corre brisa, el calor cae a plomo sobre nosotros mientras arrastramos los pies, el sol nos golpea en la espalda, el gigantesco avión aparece ante nosotros.

No puedo hacer esto. No puedo irme. No puedo quedarme.

Beatriz tira de mí, la fila de chicas Pérez avanza y yo las sigo.

Subimos al avión con un paso incómodo, el silencio crepita y restalla mientras los susurros dan paso a voces más altas y una cacofonía de sollozos inunda la cabina. Llantos. Ahora que hemos abandonado el vestíbulo de salidas, la fachada de urbanidad se desprende y deja al descubierto algo sin barnices y crudo...

La pena.

Elijo asiento de ventanilla y miro por el fino cristal con la esperanza de ver algo mejor que la terminal del aeropuerto, con la esperanza...

Nos alejamos de la puerta con una sacudida y un temblor, y el silencio se adueña de la cabina. En un suspiro, estoy otra vez en Fin de Año, en el salón de la casa de los amigos de mis padres, con una copa de champán en la mano. Me estoy riendo de todo corazón. El miedo acecha como telón de fondo, miedo e incertidumbre, pero también siento la esperanza.

En cuestión de minutos, todo mi mundo cambió.

«¡El presidente Batista ha huido del país! ¡Viva Cuba libre!»

¿Esto es libertad?

El avión aumenta la velocidad conforme avanzamos por la pista. Mi cuerpo se sacude con el movimiento y me rindo. Saco la bolsa del bolsillo que hay en el asiento de delante y vacío el contenido de mi estómago.

Beatriz me acaricia la espalda mientras permanezco encorvada. Las ruedas se despegan de la tierra y nos elevamos hacia el cielo. Las náuseas vuelven, una y otra vez, un deshonoroso regalo de despedida y, cuando por fin levanto la vista, me saluda una sorprendente descarga de azul y verde. Tengo la paleta de un artista a mis pies.

Cuando Cristóbal Colón llegó a Cuba, la describió como la tierra más hermosa que jamás hubieran visto ojos humanos. Y lo es. Pero hay algo más que mar, montañas y cielos despejados. Hay muchas más cosas que ahora dejamos atrás.

¿Cuánto tiempo vamos a pasar fuera?

¿Un año?, ¿dos?

Ojalá.

MARISOL  
Enero de 2017

Cuando era niña, le pedía a mi abuela que me hablara de Cuba. Era una isla mítica que habitaba en mi corazón, formada por completo a partir de la versión del país que mi abuela creó durante su exilio en Miami y de las historias que me contaba. Yo vivía atrapada entre dos tierras —dos caras de mi ser—, una en la que habitaba en carne y hueso, y otra que vivía en mis sueños.

Nos sentábamos en el salón de la amplia mansión de mis abuelos en Coral Gables y la abuela me enseñaba fotos viejas que osados miembros de la familia habían sacado a escondidas del país, y tejía historias sobre su vida en La Habana y las aventuras de sus hermanas, dibujando un retrato de una tierra que existía en mi imaginación. Sus historias olían a gardenia y jazmín, sabían a banano y mamey, y siempre estaba el sonido de su viejo tocadiscos. Cada vez que terminaba una historia, sonreía y me juraba que algún día lo vería con mis propios ojos, que volveríamos a lo grande, para reabrir la propiedad de la familia en la costa, en Varadero, y la elegante mansión que ocupaba casi un bloque entero en una calle de tres carriles en La Habana.

«Cuando muera Fidel, volveremos. Ya lo verás.»

Y por fin, tras casi sesenta años de expectación para los cubanos, de falsas alarmas y bulos, Fidel murió, apenas unos meses después que mi abuela. La noche en que murió, mi familia descorchó una botella de champán que mi bisabuelo había comprado para la ocasión casi sesenta años atrás y brindamos por el fallecimiento de Castro con nuestro estilo inimitable. El champán, por desgracia, no estaba en su mejor momento, igual que el propio Fidel, pero estuvimos de

parranda en la Calle Ocho de Miami hasta que salió el sol, y aun así...

Aun así seguimos aquí.

Su muerte no borró casi sesenta años de exilio ni garantizó un futuro en libertad. En vez de eso, ahora mismo estoy colando las cenizas de mi abuela ocultas en mi maleta, escondidas en tarros en mi bolsa de aseo, para cumplir su último deseo, que me confesó mientras rezábamos, esperábamos y confiábamos en que cambiaran las cosas.

«Cuando me muera, llévame a Cuba. Esparce mis cenizas sobre la tierra que amo. Ya sabrás dónde.»

Y ahora, sentada en el avión en algún punto entre Ciudad de México y La Habana, armada con una agenda llena de nombres de calles y lugares que visitar, y una guía que me compré por Internet, no tengo ni idea de dónde debo dejar que reposen sus restos.

El testamento de mi abuela se leyó hace seis meses ante treinta familiares sentados en una sala de reuniones en el despacho de nuestro abogado en Brickell. Allí estaban sus hermanas, Beatriz y María. Isabel falleció el año pasado. Sus hijos vinieron con sus parejas y sus niños a presentar los respetos de las siguientes generaciones. Luego estábamos mi padre, único hijo de mi abuela, mis dos hermanas y yo.

Los apartados principales de su testamento eran bastante claros, no se podían esperar grandes sorpresas. Mi abuelo había fallecido dos décadas antes y legó el negocio familiar del azúcar a mi padre para que lo dirigiera. Estaba la casa de Palm Beach, que fue para mi hermana Daniela. La granja de Wellington y los caballos fueron para mi hermana Lucía, la mediana. Y yo acabé con la casa de Coral Gables, el lugar de tantos viajes imaginarios a Cuba.

Había herencia en metálico y obras de arte, listas y listas de artículos que el abogado fue leyendo con un tono

prosaico. Sus palabras eran recibidas con alguna lágrima ocasional o exclamaciones de gratitud. Y entonces llegó su voluntad final...

Se supone que los abuelos no deben tener nietos favoritos, pero mi abuela jamás siguió las reglas de los demás. Quizá se deba al hecho de que llegué al mundo dos meses antes de que mi madre pillara a mi padre en la cama con una heredera de los barones del caucho. Lucía y Daniela vivieron años de unidad familiar antes del gran divorcio, y después de aquello, mantuvieron un vínculo con mi madre que yo nunca logré alcanzar. Mis primeros años pasaron entre sesiones de estrategia en los despachos de abogados e idas y venidas de una casa a otra, hasta que finalmente mi madre se lavó las manos y regresó a España, dejándome al cuidado de mi abuela. Así que quizá por haber sido yo la hija que nunca tuvo y por haberme criado como si fuera suya, tenía sentido que me hiciera a mí este encargo...

Nadie en la familia lo cuestionó.

De sus hermanas, recibí una lista de direcciones que incluía la propiedad Pérez en La Habana y la casa de la playa que nadie ha visto desde hace más de cincuenta años. Me pusieron en contacto con Ana Rodríguez, la mejor amiga de la infancia de mi abuela. A pesar del tiempo que ha pasado, ha tenido la cortesía de ofrecerme alojamiento durante la semana que voy a estar en Cuba. Tal vez pueda iluminarme un poco sobre el lugar que debería buscar para el descanso final de mi abuela.

Siempre quisiste conocer Cuba y me apena mucho que no hayamos podido hacerlo estando yo en vida. Me consuela, al menos, imaginarte paseando por el Malecón, con el agua salada salpicándote el rostro. Te imagino arrodillada en los bancos de la catedral de La Habana, sentada en

una mesa del Tropicana. ¿Te he contado alguna vez lo de la noche en que nos escapamos y fuimos al club?

Siempre soñé que Fidel moriría antes que yo, que podría volver a mi casa. Pero ahora mi sueño es diferente. Soy una anciana y he terminado aceptando que nunca volveré a ver Cuba. Pero tú sí.

Estar en el exilio supone que te arrebaten las cosas que más quieres en el mundo: el aire que respiras, la tierra sobre la que caminas. Existen al otro lado de un muro, están y no están, inalteradas por el tiempo y las circunstancias, conservadas en un perfecto recuerdo en un país de sueños.

Mi Cuba ya no existe, la Cuba que te he dado a lo largo de los años se la llevaron los vientos de la revolución. Ha llegado el momento de que descubras tu propia Cuba.

Las letras se emborronan y me guardo la carta en el bolso. Han pasado seis meses, pero el dolor sigue ahí, intensificado por los momentos en los que siento más aguda su pérdida, momentos en los que ella debería estar a mi lado y no lo está.

La imagen de los merenguitos que me preparaba en los momentos especiales; su sabor azucarado, que se me disolvía en la lengua en una nube de polvo blanco; los sonidos de mi infancia —nuestros iconos musicales: Celia Cruz, Benny Moré y el Buenavista Social Club— y ahora este, las ruedas del avión al posarse en tierra cubana.

Echo de menos a mi abuela.

Las lágrimas corren por mis mejillas. No es solo su ausencia; es esta sensación de conexión cuando el avión avanza por la misma pista por la que ella se marchó de Cuba hace casi sesenta años.

Miro por la ventanilla para darme el gusto de echar mi primer vistazo al Aeropuerto Internacional José Martí. A

primera vista, se parece a los incontables aeropuertos caribeños a los que he volado en vacaciones a lo largo de mi vida. Pero por debajo de todo hay una nota de identificación y una emoción que me recorre. Se me escapa un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración y por fin soltara todo el aire.

Es esa sensación que tienes cuando vuelves a casa después de haber pasado mucho tiempo fuera. La imagen —familiar y cambiada al mismo tiempo— de tu hogar te recibe nada más cruzar la puerta y soltar tu equipaje en el suelo, y sabes que ya está, se ha acabado el viaje. Miras a tu alrededor, reconoces todo lo que dejaste y piensas...

«Estoy en casa.»